

Noviembre y otros cuentos (2ª. parte)

D. R. © Julio Santizo Coronado (2017)

Por Ediciones del Jazmín, Guatemala, Centroamérica

La nueva edición del libro completo fue efectuada por Ediciones del Jazmín, Guatemala. Corrección de estilo y de pruebas a cargo de Arpro, Guatemala.

Distribución gratuita. Está prohibida su venta.

.....

Estos cuentos viejos, antañones como mi cuerpo, gritan en la oscuridad. Se desvanecen y se elevan como humo, se disipan como el vaho exhalado por la tierra luego de la lluvia del trópico, se abogan en las aguas a donde las nubes los llevan mecidos por el viento del tiempo.

.....

Noviembre y otros cuentos (2ª. parte)

SONATA PARA UN MINUTO

Es la tercera vez que escucho el mismo disco y la segunda vez que pienso que debería dejar de hacerlo. El tictac del reloj punza, martilla. ¿Otra vez? Tal vez... Cincuenta y nueve minutos de música; y me lleva un minuto decidirme, levantarme del sofá, colocar la aguja de nuevo *sobre el disco* y volver a sentarme. Tres horas. ¿Adónde se fueron las horas? Quisiera que esta vez me escucharas con atención. Es lo menos que podés hacer a cambio de los últimos catorce mil seiscientos días, las trescientas cincuenta mil cuatrocientas horas, esos veintiún millones veinticuatro mil minutos que han transcurrido desde que comenzó mi existencia hasta el momento en que escribo esta carta.

Siento la necesidad angustiante de escribirte, pero no sé siquiera adónde hacer llegar la carta. Sos el amigo que dejó de visitarme, sos el compañero que olvidó la manera en que compartíamos el pan. ¿O fui yo acaso? Es cierto. Vos tenés tus buenas razones para evitarme. No lo niego. No he podido dejar de vivir sin los recuerdos de todo lo bueno que hay detrás de aquel que, aunque no piense de la misma manera, comparte una extraña afinidad. Ese guiño, esa complicidad

Julio Santizo Coronado

de la juventud que no se olvida, que no se puede olvidar de ninguna manera. ¿O sí? La vida es tan corta que la memoria nos queda muy chica para olvidos tan grandes.

No sé si a vos te sucede igual, pero a mí me atormenta el reloj. Pongo vez tras vez el mismo disco porque me parece que crea la atmósfera adecuada, la que la escena requiere, como el ambiente que los diálogos de las tiras cómicas que leíamos cuando éramos chicos les daban a nuestras charlas. Las tardes de cine. Adolescentes que perdían el tiempo.

¿Perdimos el tiempo? ¿Qué gané? No gané ni perdí. Lo viví. Si la vida va a ser siempre una sucesión de golpeteos y rítmico girar de los engranajes del reloj para un día no ser más que un recuerdo, ¿valió la pena vivirla? ¿Vale la pena transformarse en un fantasma del recuerdo? Lo que tengo es poco. Cada vez menos.

¿Te acordás de los viejos compañeros? No han cambiado en nada. Cometí muchas estupideces. De las que te dejan algo para recordar, para escribir. Vos tenés tus viajes. Mi mundo fue breve, pequeño. Lo perdí todo temprano, hasta la cordura. Y perdí la inocencia antes de que dejáramos de ser niños. Nuestro mundo estaba lleno de tiempo por delante y, ya lo ves, se acabó. Descubrimos tarde que la vida era breve.

He dejado de correr tras el tiempo. No es que no desee nada. No, mi querido amigo. Ahora más que nunca deseo la tranquilidad que vos mismo deseabas, como aquella tarde y aquella noche en que te pusiste la primera borrachera. He amado, he olvidado, he vuelto a amar, he sido un embustero, un traidor, y luego todo ha ido marcha atrás. Tuve que aprender a vivir con la llaga. Me dediqué a coleccionar cicatrices, a meter recuerdos en los cajones.

Cada vez que vuelvo a ver el reloj pasa un minuto, y otro, y otro, y otro... Coloco la aguja en el disco por cuarta vez, y pienso que debería levantarme del sofá, prepararme un café.

Recuerdo que cuando era un niño pintaba al óleo en el cuartito del fondo de aquella casa que visitabas por las tardes. Y aunque ya debería de estar muerto, sigo aquí. Porque esa angustia me mantiene vivo.

El deseo nos ayuda a seguir. En el fondo sigo siendo aquel del que tanto te burlabas, al que todo lo atormentaba: el tiempo, la guerra, la paz... aquel que le pedía más minutos a la vida. No vivo para mi trabajo, como algunos, como casi todos. Los opiáceos y todas esas cosas siempre me parecieron sucedáneos de los ritos religiosos, aunque confieso que no dejé de adentrarme en aquel mundo cuyos bordes vos mismo me enseñaste. Vos sabés que yo escapaba siempre del hueco ritualismo. Debo admitir que, algunas veces, ese existencialismo romántico me envuelve de nuevo, y en esos momentos creo con total sinceridad que solo la verdadera espiritualidad llenaba al niño que ansiaba asirse de la inocencia prematuramente perdida.

El disco terminó otra vez. Me he desviado hacia todas las direcciones en las que mi memoria me ha dirigido. Mis digresiones te son bien conocidas. Quizás por eso no me tomabas en serio. Había decidido apartar un minuto, un solo minuto para escribirte una nota y enviártela, no sé cómo, no sé si por medio de algún amigo. Pero, ya ves, he invertido varias horas en escribir esta carta que no llegará nunca a su destino. Quise exprimirle un minuto a la vida y acabé por acariciar al viento que me besa los labios cada mañana.

El reloj sigue pinchándome las sienes. ¿Cuándo terminará nuestro tiempo? Si alguien llega a leer esta carta dirá que estoy perdiendo el juicio, sobre todo cuando lean tu nombre en las esquelas de los periódicos matutinos y sepan que todo este tiempo, cada minuto —el presente—, además del pasado, y probablemente del futuro que me quede, se encuentran perdidos en interminables hojas de papel.

Una noche de julio de 2004

EPITAFIO PARA UN MUNDO MEJOR

I

¡Cuán blanda era su carne! Más de lo que imaginé. Pensé que no podría clavarle el puñal. No, la grasa abdominal me facilitó la tarea. Ahora, algún psicoanalista tratará de manosear mi conciencia y escribirá decenas de folios en que se describan mis razones, mis motivos, mi triste infancia, mis trastornos mentales. Tratará de darle vueltas y más vueltas a todo aquello que en realidad es tan pero tan simple. La verdad es que sabía muy bien lo que hacía. No siento ningún remordimiento. Conciencia: ¿qué es eso? Vendrá uno que tratará de adentrarse en mis recuerdos y dirá que no siento culpa porque no sé distinguir el bien del mal. Pero no es así, los asesinos somos pusilánimes, y los pusilánimes mentimos todo el tiempo. Y si mentimos para ocultar nuestros crímenes...

Claro, sé lo que hacía. Ahora que he aplacado la furia, admito el hecho. Es irrenunciable, no puedo dar marcha atrás. ¡Qué más da! Pude haberlo hecho de otra manera, pero ese malnacido... al final de cuentas le hice un favor. Fue cómico ver su rostro suplicante. El carcelero rio sardónico esta mañana cuando me lanzó a la cara el diario. No me queda más remedio que admitir que hasta en la muerte supo engañar a los demás con su fingimiento, con sus carcajadas, con su estrepitosa risa. Parecía sonreír. ¡El cadáver sonreía! Y todos aquellos que lo llamaban pelagatos, miserable, traidor... todos abrazaban a la viuda como los grandes hipócritas que fueron y seguirán siendo. Sé que nadie lo amaba, que todos deseaban hacer lo que yo hice. Fueron tan cobardes...

Pero yo sí pude. Fue un acto de justicia. Si tan solo pudiese olvidar su estúpida mirada, y ese labio inferior que colgaba como un trapo de aquella simiesca mandíbula. Pero ese será mi castigo. ¿Merezco uno? ¡No! Lo que hice no fue más que nivelar la balanza. Alguien debía hacerlo. Sí, le puse fin a su burda existencia. Llámenme protervo, llámenme de la manera que les plazca. Sé que

efectué un ajuste, era necesario. De otra manera, este mundo y su equilibrio hubiesen corrido el peligro de dejar de parecerse a la comedia que todos interpretamos todos los días. Urgía montar este acto dramático en el que yo, felizmente, ¡sí, yo mismo, el pusilánime!, yo, yo y solo yo, fui protagonista. El telón no ha caído. Sé muy bien lo que me aguarda, me atarán de las muñecas, me amarrarán como a un perro y una aguja me dará la felicidad...

II

Corrí toda la tarde. Aunque nadie estaba a la vista, sabía que alguien me observaba. No podía volver a casa; estaba rodeada, y aunque no hubiese sido así, se me habría encogido demasiado, me habría abrumado ese espacio en el que desde siempre estuve tapiado. En algún recoveco de mi laberinto: el que se dobla hacia adentro y deja ver todo lo que mis palabras ocultan... ¡allí, allí estaría ahora! Llegué a hartarme, no había para mí más congoja. Ya se lo he dicho, ¡no soy más que un pusilánime, un descorazonado! Así que ¿para qué ocultarme? Entregarme ha sido lo más noble que he hecho en toda mi inútil vida...

Es inútil. Ojalá tuviese tiempo para relatarles todo lo que sucedió en aquellos días, antes de que aquella desazón inundara mi pecho, luego mi mente... luego... pero ¡qué importa! Nada tiene importancia, hay algo que desea atraparme en las redes del remordimiento, lo llaman conciencia. Pero no lo voy a permitir. ¡Jamás! No bastó la furia que me inundó aquella tarde. Después de terminar con aquel infeliz, mientras huía, vi subir por las escaleras a aquella mujer. La reconocí. Advirtió mi presencia. El miedo que mi mirada causó en ella la delató. Ni siquiera por un segundo pasó por su mente que yo había puesto fin a la vida de aquel...

El infeliz era su amante. Entonces, la idea se adueñó de mí. Sin pensarlo, la cogí por su breve cuello y lo apreté con fuerza. ¡Disfruté tanto contemplar su horror, su expresión retorcida! Le dije al oído, antes de que exhalara: «Al final del

juego, el rey y el peón terminan encerrados en la misma caja». Pero ahora que lo pienso, disfruté más cuando clavé el cuchillo en el vientre de aquel pelagatos de lentes de fondo de botella...

III

Me dicen que seré *liberado*. El juicio fue rápido. Les facilité el trabajo a los jueces. Contrario a aquellos secuestradores y asesinos a sueldo, admití todo lo que hice; no mostré arrepentimiento. Esos bravucones se creen superhombres, pero se orinan en los pantalones cuando...

La ejecución se acerca. Pedí que la adelantaran. Renuncié a todo recurso y apelación. Si hubiese tenido más tiempo, si así hubiera sido, entonces habría equilibrado la balanza todavía un poco más. Habría eliminado al que ensuciaba mi jardín, a la que despreciaba mi sonrisa matutina y confundía mis intenciones, al que me rechazó cuando era solo un niño, al que hizo correr rumores sobre mí, al que me calumnió, al que me amenazó, al que me lanzó barro una tarde lluviosa con el automóvil, al que nunca me dio las gracias, al que maltrataba a su perro...

Mueren como perros. Esa es gente mala, muy mala. Aunque yo no soy mejor que ellos. Nadie lo es. Si no existiese gente así, el mundo sería ideal. Dentro de unos minutos, lo prometo, guardaré silencio. Debo haberlos cansado ya con mi verborrea. Recuerden: no soy más que un pusilánime y un mentiroso. Entonces todo será mejor para ustedes, para mí, para todos, porque estoy seguro de que dentro de un par de segundos ya no existiré, y estas buenas personas me habrán ahorrado la engorrosa tarea de suicidarme.

30 de abril de 2001

.....

LE DECÍAN MACHETE

¡Ay, Dios mío! Se me fue mi compañero... Él era afilador... Ahora ya no tengo a nadie. No tengo a nadie... ¡Ay, Dios mío! (Y el olor desagradable del cuerpo sucio y lleno de alcohol barato se esparcía en el aire). Hace ocho días que se me murió mi marido. Y ahora no sé qué voy a hacer... Me van a sacar del cuarto, porque él me ayudaba. (Y el acento pastoso impregnaba el habla torpe y lenta del galimatías que brotaba de su lengua lechosa). Se me murió. Hace nueve días se murió... Me lo envenenaron, él era afilador... Con ese hombre tuve ocho hijos, *you know*... Porque yo viví en los Estados. ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué? Se me fue mi marido... Se me fue, y hoy es primero de noviembre, y no lo fui a ver, y no me va a perdonar... Porque, mirá, yo estoy aquí. (Y la mano se alzaba y se extendía como quien se empinaba el Kuto o el Jaguar). *Why?* Yo viví en los Estados... ¡Ay, Dios mío! Se me fue... Y mis hijos, ¡nada! Nadie se acuerda de mis huesos, mirá, estos huesos, mirá... ¿ves? Me lo mataron en Mixco... Me lo mataron. Yo tengo la ciudadanía, y ahora me voy a ir a los Estados, *you know*... Él era afilador, y le dieron un tamal. Yo lo acompañaba a todos lados, pero ahora, mirá, estoy aquí y no me he tomado el octavo que me regalaste. *Come on, come over*... Tengo cinco hijos en los Estados y tres aquí. (Y las risas de los ebrios se mezclaban en el aire con el aroma a mugre y a hedor de aliento alcohólico). ¡Ay, Dios mío! Le dieron un tamal... Y se lo comió, pero estaba envenenado... Le dieron un tamal envenenado allá. Hace diez días que se me murió mi esposo, por eso estoy así. Le dieron un tamal, y él se lo comió, y vieras cómo se lo comió, con ganas... Y empezó a caminar conmigo, porque él era afilador, afilaba machetes y todas esas ondas. Y me decía: «Agh, agh, agh...». Se me murió en los brazos. Yo lo llevaba al hospital, pero no pude llegar... Hace ocho días se me murió mi marido, hace diez días... Y mañana son nueve días... Y hoy es primero de noviembre y mirá, mirá dónde estoy. (Y todos volvían a ver hacia el árbol de la esquina y alzaban la mano sobre la frente a manera de saludo militar). Y ahora voy a tener que salir del cuarto, porque ya no tengo esposo, y no va a tener

Noviembre y otros cuentos (2ª. parte)

su novenario, porque mirá, aquí estoy yo, pero no me he tomado el octavo que me regalaste. ¡Ay, Dios mío! Andábamos por allá, por la Antigua, y se encontró un tamal, y tenía hambre y se lo comió, vieras con qué ganas se lo comió... Él era afilador, por eso le decían... En Mixco... Se lo comió en Mixco, y me lo envenenaron. (Y él se subía los pantalones, que le quedaban flojos, y se lo acomodaba todo mientras las ganas de orinar lo obligaban a ver hacia el mismo árbol de la esquina). Y ahora, ¡ah!, ahora... Ya no sé qué hacer, por eso estoy así... ¡Ja! Me lo envenenaron, me lo mataron. (Y las lágrimas empezaban a caer de sus ojos hacia el sucio asfalto de la calle por la que solía caminar con su afilador). Él era afilador de machetes, por eso le decían... Así le decían. (Y él volvía a ver hacia la izquierda y hacia la derecha y se tocaba la frente y se ponía la mano en el mentón mientras le decía adiós a la borracha que plañía). A mi viejo me lo envenenaron, con un tamal, allá en la Antigua... En Mixco, y era afilador, y por eso le decían Machete.

1 de noviembre de 2010

.....

Porque mis días se han acabado tal como humo, y mis huesos mismos han quedado al rojo como un fogón.

Mi corazón ha sido herido tal como vegetación, y está seco, pues me he olvidado de comer mi alimento.

A causa del sonido de mi suspirar, mis huesos se han pegado a mi carne.

De veras me parezco al pelícano del desierto. He venido a ser como un mochuelo de lugares desolados. Me he demacrado, y he venido a ser como un pájaro aislado sobre un techo.

(Salmo 102:3-7)

**Traducción del Nuevo Mundo de las
Santas Escrituras**

Títulos del autor por Ediciones del Jazmín

Poesía incompleta

(rústica, dos ediciones, agotado)

Poesía incompleta

(3ª. edición revisada, gratuita)

Relatos para la pira

(rústica, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(rústica, 1ª. edición, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(2ª. edición revisada, gratuita)

Palabras del agua y de la mar

(edición gratuita)

Relatos para la pira

(1ª. edición, rústica, agotada)

Todos los relatos para la pira

(revisión de **Relatos para la pira**, gratuita)

Noviembre y otros cuentos

(edición gratuita, por entregas)

Poesía innombrable

(edición gratuita)

Pequeño diario para una madre dormida

(edición gratuita)

Las horas de mi madre

(edición gratuita)

Títulos del autor por otras editoriales

El árbol que quiso volar como los pájaros

Por Editorial Santillana, S. A., 2017